



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

**Agora**  
DE PAPEL

**El Porvenir**  
**Cultural**

MONTERREY, N.L. DOMINGO 8 DE SEPTIEMBRE DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

# Amores invisibles

*Cuando uno de nuestros brazos se debilita,  
siempre podremos contar con el otro.  
Si el alma sufre por el dolor de un hijo  
o hija,  
no hay remedio que alivie ese dolor  
(O. de León).*

SITUACIÓN MONOPARENTAL  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Era una época en la que yo aún mantenía en la mente un pensamiento fijo: la idea de ser madre soltera. No había encontrado lo que suele llamarse: la pareja ideal. Había perdido toda mi fe en que algún día llegaría a casarme. Mi necesidad de mantener algún tipo de contacto físico con alguien más, estaba desapareciendo, y mis posibilidades de llegar a ser madre, también.

Entonces vino la idea de la adopción, y así fue como llegó Hugo. No es que yo fuera infértil, solo que se me dificultaba elegir un padre para mi descendencia. Los trámites de la adopción, sin embargo, fueron un suplicio. Se extendieron a lo largo del camino que forman varios pergaminos de hojas y requisitos y pruebas que nunca acaban. Hasta que finalmente, luego de tres años, recibí el sí por parte de la institución. Para entonces, Hugo ya había cumplido los siete años.

El día que salimos con sus cosas del orfelinato, rumbo a su nueva casa, tuvimos una charla que no fue más que un monólogo mío; ese día, pocas palabras salieron de él. Entramos a la que sería su nueva recámara, soltó las cosas con las que cargaba y se quedó parado en medio del cuarto, no quiso sentarse ni recostarse, ni jugar con ninguno de los juguetes que le tenía preparados. La sola idea de dormir solo, sin la compañía de otros niños, como lo hacía en el orfelinato, tampoco le agradaba.

La vida puede ser cruel cuando intentamos hacer el bien. El trato de Hugo hacia mí no mejoró en lo absoluto, sino que fue empeorando: En el desayuno, en el camino al nuevo colegio, a la hora de la comida, incluso al momento de ir a la cama, Hugo fue un niño agresivo que cada vez se volvía más violento: Gritaba majaderías, tiraba el plato de la comida al piso y me lanzaba puñetazos y patadas cuando enojaba. El día que me lanzó el cuchillo comprendí que nuestra relación se encontraba en una crisis severa.

Busqué ayuda psicológica para él y para mí, y luego de varias semanas, las cosas no mejoraron y acepté que no había otra solución más que volver a hablar con el orfelinato. Luego de un par de reuniones, entendieron y aceptaron que devolvería al niño.

Ocurrió un sábado. Vestí a Hugo con el mismo traje vaquerizo con el que llegó a mi casa. Le pregunté si quería llevar algunos de los juguetes que había comprado para él. Tomó la pistola y el monopatín. El viaje en auto no fue en silencio. Le dije que comprendía que él sería más feliz en su antiguo hogar. Que yo seguiría ahí, lista para platicar, si un



día, ya que fuera más grande, él quisiera saber algo.

Al llegar al orfelinato, en la puerta lo esperaba una de las religiosas. Hugo bajó del auto y aunque por un breve momento detuvo su camino, ya no miró hacia atrás. Entró al lugar caminando deprisa, casi corriendo, y yo entregué las maletas. Subí al auto con un mareo que no sé si describir como el que proviene de recibir una buena o una mala noticia. Entonces conduje de regreso llorando todo el camino, con la idea de que pasaría sola el resto de mi vida, de que yo sería mi propio hogar, sin poder, nunca, llegar a sentirme madre.

MUJER DE PAPEL O AMOR DEL BUENO  
OLGA DE LEÓN

Era una mujer muy alegre y entusiasta, que tenía por costumbre usar siempre un vestido hecho de papel; hábito que le valió el sobrenombre de mujer de papel. Todos en la región y sus alrededores, la conocían y llamaban así, "la mujer de papel".

Era delgadita, muy delgada, y aunque su vestido tuviese mil hojas de papel, no la hacía verse gruesa, ni siquiera un poco. Quizás eso era así, porque el papel era muy fino, como el papel de china, pero al mismo tiempo eran hojas de una gran firmeza y resistentes.

Solo salía de su casa cuando el día estaba soleado y no había pronóstico de lluvia, pues no deseaba correr el riesgo

de quedarse sin ropa en medio de la calle y la gente. Y, para los habitantes de su pueblo y los visitantes de los alrededores o lugares más distantes, era motivo de admiración verla caminar por las aceras, cruzar las calles, entrar en las tiendas y comercios, con sus lentes contra el sol y su bolso y un paraguas... por si empezara a llover sin previo aviso.

Un día, salió como siempre: alegre, sonriente y con su vestido de papel. Pero ese día olvidó su paraguas y tampoco llevaba impermeable. Al principio nada extraordinario sucedió; hizo su recorrido habitual y fue a donde tenía que ir.

Hasta que descubrió por esas calles empedradas, a un hombre de ojos muy vivarachos y cabellos entre rizados y alborotados que corría descalzo, llevaba halando de un delgado cordón un papalote con su imagen pintada en cariboncillo. Si era un retrato hermoso de la mujer de papel. Él no la vio en ese momento, no se dio cuenta de que estaba allí, y que andaba por la misma calle; pero ella lo vio y se enamoró de aquel hombre-personaje a quien todos amaban, aunque a algunos les pareciera loco.

Los más le gritaban: "Maestro, maestro... estamos con usted"; otros vitoreaban, "Toledo, Toledo, que viva Juchitán". La mujer se quedó inmóvil por unos segundos... Entretanto, unos niños traviesos, como son todos los niños vivos del mundo, se acercaron a la mujer paralizada de emoción y amor, sin que ella sospechara lo que iban a hacer: cada

uno de esos cuatro le arrancó una hoja de papel a su extraordinario vestido y corrieron raudos y veloces, en la misma dirección que iba el viento.

Ella no salía de su asombro, cuando otro chiquillo se detuvo y, viéndola desde su estatura hacia el rostro de la mujer, le dijo: -No vaya a llorar señora; porque si llora mucho, desaparecerá completamente su vestido... y usted se ve hermosa con él.

La mujer de papel sonrió entre compasiva y agradecida... así que arrancó a su falda dos hojas más y se las dio al niño, al tiempo que le decía: -Ve con el Maestro Toledo y dile que te enseñe a pintar, si nada te contesta, es que ya eres su alumno; si te acaricia los cabellos, es que serás de sus favoritos; si te pregunta tu nombre, será porque te quiere pintar un retrato muy a su estilo, entre surrealista y romántico... Pero ve... No pierdas más tiempo, que la vida son solo unos cuantos parpadeos... Y si tienes suerte y resultas bueno, pintarás toda tu vida entre esos parpadeos más de un ciento de cuadros bellos.

Apenas termina su discurso la Mujer de papel, y el niño voló cual papalote que lleva el viento rumbo a la casa-taller del maestro oaxaqueño. Entonces, la mujer no pudo contener más el llanto y sus lágrimas rodaron como lluvia torrencial que pretendiera limpiar pecados o culpas de muchos años atrás... O tal vez, solo tal vez, lloró tanto de alegría y regocijo, por el anuncio de algo nuevo, como de tristeza y decepción, ante el tiempo perdido, sus propios parpadeos idos y haber escrito tan poco en sus propias hojas y no haber pintado el mundo con el que soñó desde niña.

Acababa de romper las cadenas que la unían a un estatus de vida: medianamente cómoda y un poco original, pero demasiado acartonado y sometido a los caprichos de otros, no a su deseo y voluntad de ser libre y amarse tanto a ella misma, como amaba a todos y cualquiera en el mundo.

...Entonces, toda ella se volvió cascada. La llaman Cascada de la desnudez del alma o Cascada de la libertad recuperada. Años después construyeron una hermosa estructura que semeja una fuente en derredor de la cascada, para que pareciera que el agua salía de allí de la fuente y no que brotaba por la propia fuerza del amor.

Cuantos los oaxaqueños, y especialmente los habitantes de Juchitán, que desde entonces ven la cascada y no pueden dejar de recordar a la mujer de papel que murió enamorada del pintor de los ojos pizpiretas, entre distraídos, amorosos, tristes y libertarios del Maestro Toledo.

Cuando las cadenas son invisibles a los ojos humanos, es cuando son aun más tormentosas e insoportables para quien está sujeta a ellas, pues a veces, solo a veces, el amor también esclaviza. En tales casos, no es amor, es espejismo de amor y grilletes de auto flagelo. La mujer dio su vida, para darle agua y vida a los lugareños: eso sí es: "Amor del Bueno".



José Clemente Orozco

Hoy, a 70 años de su fallecimiento, el muralista José Clemente Orozco (Jalisco, 1883-Ciudad de México, 1949) sigue vigente, y sus obras son un reflejo de la sociedad y de la situación política que vivió.

Integrante de los "tres grandes del muralismo en México", estuvo vinculado por afinidad ideológica y por la naturaleza de su trabajo artístico a Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Rufino Tamayo, y como ellos, hizo florecer el arte pictórico mexicano gracias a sus creaciones, marcadas por las tendencias artísticas que surgían en Europa.

Por consejo de su familia —que veía en su facilidad para el dibujo la posibilidad de administrar sus tierras y asegurar su porvenir—, Orozco inició la carrera de ingeniero agrónomo, pero al no sentirse satisfecho, determinó consagrarse por completo a la pintura. A los 23 años ingresó a la Academia de Bellas Artes de San Carlos.

Al jalisciense se le reconoce por su obra de crítica social. Hombre en llamas, pintura realizada entre 1938 y 1939, que adorna la bóveda del Hospicio Cabañas, es considerada una de sus piezas más representativas, en la que muestra la injusticia y corrupción imperantes. La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) la incluyó como uno de los tres Patrimonios Culturales de la Humanidad de Jalisco.

Las obras de quien también se desempeñó como caricaturista y litógrafo se pueden apreciar en el Palacio de Bellas Artes, en el Antiguo Palacio de San Ildefonso, en el Palacio de Gobierno de Guadalajara, en el Palacio Municipal de Orizaba, en La Casa de los Azulejos, en la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en el paraninfo Enrique Díaz de León de la Universidad de Guadalajara y en el Museo Nacional de Historia, en Chapultepec, entre otros recintos.

En 1930 inició su segunda etapa mural, esta vez en Estados Unidos, donde dio clases de técnica de fresco en el Dartmouth College, en Hanover, Nuevo Hampshire. En 1940 viajó a Nueva York para pintar por encargo del Museo de Arte Moderno, un tablero dividido en seis partes móviles, el cual tituló Dive Bomber.

*ad pédem literae*  
"La gota horada la roca,  
no por su fuerza sino por su  
constancia."  
Ovidio

Letras de  
buen humor

"Un historiador es un profeta al revés."

José Ortega y Gasset

Carlos Villasana

## Los clásicos sillones de las barberías

para poder dar mantenimiento a este tipo de sillones se deben conocer las diferencias de los sistemas hidráulicos que tienen las distintas marcas de sillones, ya que muchas veces, aunque sean de la misma marca, varían en cuanto a modelo y año de lanzamiento.

Asimismo, se requieren conocimientos de mecánica, propiedades de los metales y fundición debido a que el paso de los años hace que decenas de piezas se desgasten, rompan u oxiden y para unir las de nuevo se debe de saber qué tipo de soldadura se tiene que aplicar; también afirma que es necesario conocer de carpintería, tapicería, hojalatería y pintura.

Para Christian cada sillón que llega a su taller representa una historia: "...soy testigo del cariño que mis clientes les tienen a estos sillones... en ellos se sentaron a comer, se ganaron la vida, vieron crecer a sus hijos; son sillones hechos a

mano para acompañarnos toda la vida. Aquí en el taller me ha tocado ver personas que me traen a restaurar sus sillones con verdadero amor: los arreglan para continuar con el negocio de su padre, que muchas veces ya no está con ellos o para tenerlos en casa".

El entrevistado nos comenta que en siglos anteriores existían sillones caseros de madera (1850) usados para peluquerías y fue hasta 1878 que Geo W. Archer patentó, sin mucho éxito, el primer sillón de metal reclinable. Durante los primeros años del siglo XX, un alemán de apellido Koken inventó el sillón reclinable con el diseño que todos hoy conocemos y, unos años después, el mismo Koken creó el primer sillón de barbería hidráulico, que llegaría a todo el mundo. En la década de los cincuenta, otras marcas competían con Koken ofreciendo la misma -o mejor- calidad y precios más accesibles, entre ellas estaban

Takara, Belmont, Koch's, Releance, Hercules, Triumph y en México: Puebla, Colombia y Fivic.

Al interior de su taller Christian ha reparado sillones de madera creados en 1870 y el primer sillón patentado para ser utilizado en una barbería que data de 1878. Para él merecen trato especial los de la época de la Revolución.

Hasta hace 6 años Christian volvió al oficio, hoy no sólo los reconstruye, también les regresa el funcionamiento original tal y como lo tenían al salir de la fábrica. Algunas personas que les gusta tenerlos en casa o en oficinas, le han pedido pinturas especiales para el sillón, así como pieles "muy raras" para la tapicería; lo que eleva el costo del servicio. Su trabajo es de tal calidad que una cadena de entretenimiento estadounidense que transmite un programa especializado en restauración, los ha felicitado por su trabajo.

Los nuevos sillones, dice, están hechos "en masa, con láminas de metal de calidad muy baja, con piezas de plástico y sistemas hidráulicos desechables, los clásicos de barbería que restauramos y vendemos son de fundición de hierro gris, bronce, aluminio y algunos son de latón...". Son piezas de arte funcional.

Las barberías tradicionales se distinguen por las estructuras de colores azul, rojo y blanco que giran en su eje en las entradas y, además, por el tipo de sillones en que los clientes se sientan para ser atendidos.

Para conocer un poco más de este mobiliario, nos acercamos a Christian Gustavo Soto Jara, restaurador y fabricante de sillones para barberías. El entrevistado compartió que este oficio lleva en su familia al menos tres generaciones: su abuelo, Roberto Jara, le enseñó a su padre, el señor Lucio Soto y de ahí el conocimiento sobre reparación, mantenimiento y restauración de sillones pasó a la mente y manos de Christian.

Su abuelo trabajó en la Fábrica de Sillones Puebla y cuando dejó de laborar ahí -alrededor de la década de 1950-, se dedicó a visitar peluquerías como reparador de los sillones y también ofrecía darles el adecuado mantenimiento.

Su padre aprendió de su abuelo ya entrada la década de los setenta y decidió enseñarle a Christian el oficio en los años ochenta, aunque las peluquerías y barberías fueron desapareciendo porque empezaban las estéticas unisex.

De acuerdo al señor Gustavo Soto,